

SERMON PREDICADO

POR EL ILMO. SR. ORDEPO DE PUERCA

LIC. D. FRANCISCO M. VARGAS

EL DIA 17 DE AGOSTO DE 1886

EN LA

Iglesia del monasterio de Santa María de Gracia

DE GUADALAJARA

AL CUMPLIRSE EL TERCER CENTENARIO DE LA MISMA.

*Benedicam Dominum in omni tempore:
semper laus eius in ore meo.*

Bendeciré al Señor en todo tiempo: su
alabanza siempre en mi boca.

Salmo 33, v. 2.

SEÑORES:

Los íntimos sentimientos de reconocimiento, de amor y de alabanza, son como el alma del culto que acá en la tierra tributan á Dios tres veces santo, los escogidos del Señor. Así como el sincero agradecimiento, que procede de la humildad y caridad, forma en el cielo las inefables delicias de los ángeles y de los santos, así en la tierra la accion de gracias rendida con espíritu de piedad por los reconocidos al Supremo dispensador de todo bien, les alcanza paz y gozo espiritual que los recrea y les concede

en cierta manera, crédito activo contra el Bienhechor infinito para que les prodigue gracias más copiosas y más abundantes beneficios, según el sentir de San Bernardo, "que así como la ingratitud detiene y cierra la fuente de la divina misericordia," así la accion de gracias es causa de que Dios conserve y acreciente los dones y beneficios. La existencia es un don de Dios, y dones igualmente preciosos y gratuitos, son todos los elementos de que necesitamos para la conservacion. Para el estado y modo de ser de cada uno de los individuos de nuestra especie, se necesitan dádivas celestiales, naturales y sobrenaturales, adecuadas á las funciones que tengan que cumplir, conforme á su agrado y categoria; y de diferentes clases de dones espirituales, según la jerarquía más ó menos encumbrada, á que ha sido destinado por una vocacion toda providencial y divina. Y aun cuando sucesos ingratos lleven á la alma del escogido del Señor, la hiel del pesar y del infortunio, tales acontecimientos serán estimados como providenciales y ordenados á mayor bien y provecho espiritual. Sea por tanto, genuino é idéntico nuestro sentimiento al del Real Profeta, dando gracias y bendiciendo al Señor en todo tiempo: que nuestros labios no cesen de pronunciar sus alabanzas: que nuestra alma no tenga otra gloria, que la gloria del Señor.... Y ¿por qué prorumpo en esta entusiasta invitacion? Porque soy el intérprete de nobles y generosos sentimientos, animados de la virtud de la Religion: porque soy el órgano por donde ostentan amor santo las personas que tienen espíritu de Dios y celo por las almas, que no se satisfacen con alabar y bendecir al Señor, sino que anhelan que otras le bendigan y alaben: porque soy el orador de una fiesta sagrada de reminiscencias providenciales: porque es el tercer Centenario de la fundacion monástica, en esta ciudad, de la bienhechora y venerable Orden del inclito Patriarca Santo Domingo de Guzmán; y porque en publicar los dones y larguezas de Dios Nuestro Señor, rendirle culto de adoracion y accion de gracias, no solo está inte-

resida la comunidad religiosa, sino los demás miembros dominicanos y los buenos hijos de Guadalupe que saben estimar los beneficios de la educacion moral y religiosa. Anunciado está de lo que voy á ocupar vuestra atencion, hermanos míos; pero concretando el asunto, y al referir sucesos de prosperidad ó de adversidad, será concordando con las palabras de mi texto el sentir de los intérpretes sagrados. Toda alabanza y toda gloria sea del Señor. "Dios dá los consuelos y Dios los quita, dice San Agustín; pero Dios no se aparta, ni priva Su Majestad de su particular providencia á aquel que le bendice y alaba." Por tanto, bendigamos á Dios en todo tiempo. *Benedicam Dominum.*

Hermanos míos: os ruego pidamos á Dios con humildad, las gracias necesarias para que yo, en su nombre, anuncie con celo evangélico, su divina palabra; y en su Santo Nombre la palabra evangélica produzca el efecto para que la han enviado. Supliquemos estos auxilios por la intercesion de la Santísima Virgen María, concebida sin pecado, Madre de Dios Nuestro Señor, Señora y abogada nuestra.—*Ave Maria.*

—
Benedicam Dominum, etc.

Señores: En esta clase de festividades religiosas le es indispensable al orador cristiano—como ya dije—narrar sucesos prósperos y adversos con relacion á las personas y comunidad, que Dios ha elegido como herencia suya; pero en todo se marcan sus providenciales designios. Si ensalza y encumbra, galardona; si abate y humilla, prueba. En la prosperidad y perfeccion cristiana, hace gustar la dicha y bienestar espiritual; en la adversidad y mo-

ral abatimiento, prepara el mérito, amenguando el reposo espiritual con la persecucion y el sufrimiento.

Ahora bien. El monasterio de religiosas dominicas de Santa María de Gracia en la ciudad de Guadalupe de nueva Galicia, lleva aquel título que lo caracteriza, porque aunque consagrado á honra y servicio de Dios Nuestro Señor, fué edificado bajo la advocacion de la Anunciacion y en honra de este misterio consolador está tambien dedicado su hermoso y devoto santuario, aludiendo y concordando su título con aquellas sagradas palabras que el mensajero celestial dirigió con reverencia á la bendita Hija de Joaquin y Ana, revelándole su divina maternidad: *Ave Maria Gratia plena.* Este monasterio es el más venerable, entre otros méritos, por su antigüedad, pues precedió en más de un siglo al seráfico de madres capuchinas, y como un siglo, al recoleto y observante de Santa Teresa de Jesus, al edificante y benéfico de Jesus Maria y al respetable y ejemplar de Santa Mónica. Fué celebrada su fundacion el 17 de Agosto de 1588, pero iniciada su institucion desde 1571. Si, porque su origen fué un colegio en que se recogieran y educaran doncellas pobres, satisfechas sus expensas con los productos de una hacienda que el abnegado y piadoso D. Hermán Gomez de la Peña, habia cedido con este fin, bajo la proteccion, direccion y vigilancia del Ilmo. y venerable Sr. Obispo Dr. D. Francisco Gomez de Mendiola. A esa fecha—1571—solo habian trascurrido 29 años de la fundacion de esta hermosa ciudad y 40 de la maravillosa Aparicion de Nuestra Señora de Guadalupe, amorosa y especial abogada de los mexicanos. Bajo la advocacion de Nuestra Señora de los Remedios, se hizo la fundacion del colegio, y así pasaron las cosas hasta el año 1586; mas no satisfecha la ardiente caridad del piadosísimo Hermán Gomez de la Peña, con los buenos resultados del colegio de los Remedios, anheló óptimos frutos á mayor honra y gloria de Dios, convirtiendo aquel ameno plantel en Monasterio, teniendo, sin embargo, como anexidad

el colegio, y así viniera á ser el instituto religioso, jardín fecundo de virtudes, de ilustracion y moralidad, como fuera preconcebido. Apoyado ese intento con la aprobacion de discretas y caracterizadas personas, y con mejor acuerdo del Illmo. Sr. Obispo, Dr. D. Fray Domingo de Arzola, que habia sucedido á su digno predecesor el V. Sr. Mendiola, se puso en práctica tan levantado intento. El Illmo. y celoso Arzola escribió luego al Illmo. Sr. Dr. D. Diego Romano, Obispo de Tlaxcala, pidiéndole religiosas fundadoras; y aquel generoso Prelado, accediendo á tan piadosa demanda, firmó en Puebla de los Angeles á 28 de Junio de 1588, la licencia que otorga para que salgan del Convento de Santa Catarina de Sena, las tres venerables fundadoras del Convento de Santa Maria de Gracia de Guadalajara, que así se acordó por SS. Illma. y patronos se llamara el nuevo instituto monástico, que crearían y organizarían las monjas Catinas Senenses de Puebla, Sor Maria Ana de Santa Catarina de Sena, priora; Sor Francisca de la Cruz, superiora; y Sor Catarina de Sena, maestra de novicias y vicaria. Arribaron á esta ciudad, custodiadas y atendidas por respetables dignidades de la iglesia catedral de Guadalajara en Agosto de 1588; y la real Audiencia, conforme á la disciplina y concesiones de aquella época, extendió un auto el dia 11 y provoxyó un decreto el dia 14 del mismo mes y año, autorizando cuanto se habia practicado, y mandando dar posesion del convento. Inmediatamente el Illmo. Sr. Arzola verificó canónicamente la fundacion y la celebró con pomposa solemnidad el 17 del citado Agosto de 1588.

Señores: El sentimiento religioso, tan íntimo, tan arraigado al corazón humano, tiende á extenderse por su virtud comunicativa, y favorecido con tan buenos elementos en la institucion religiosa implantada en aquella naciente sociedad y con el cultivo de tan excelentes operarios, sus efectos debieron ser superabundantemente útiles y provechosos. El embrión entonces de sociedad que en

su desarrollo formaria la populosa y hermosa ciudad de Guadalajara, tan culta é ilustrada, estimada con justicia en la actualidad como una de las principales, y la más importante, sin contradiccion, de los Estados de Occidente de la nación mexicana, fué en aquel tiempo una congregacion de efimera estabilidad por los continuos asaltos á mano armada de los aborígenes subyugados por las armas conquistadoras. Es imposible que el rigor de la fuerza inspire confianza y haga florecer la concordia; ni dé garantías, ni sazón al fruto de la paz. Esto es adquisicion del elemento religioso y el medio mas á propósito para progresar y adquirir la verdadera civilizacion. Y así fué, pues solo la religion ha podido y tiene ese poderoso resorte de domesticar la fiera de las costumbres, de apaciguar y rendir los ánimos exaltados y erguidos para estrecharlos con los vínculos de la disciplina social. Solo ella tiene ascendiente para predicar la igualdad al magnate altanero que en sus arrebatos de orgullo prurumpe con audacia impla: ¿Quién es el Señor? A la verdad, señores, ese sentimiento religioso penetró en todas las clases de la sociedad y por todas partes estampó su sello divino. Por él se abrieron establecimientos públicos y se franquearon las puertas del saber, adelantándolo en la escala de la ilustracion y ciencia hasta la culta profesion y magisterio; y se proporcionó asilo á la orfandad; y se instituyeron hospitales para los dolientes, y hospicios para los desvalidos y achacosos ancianos, y se efectuaron tantos bienes cuanto sabe producir el sentimiento religioso animado por la caridad.

Entre tanto, el templo del Monasterio se deterioró y fué indispensable construirlo de nuevo; mas para practicar con edificacion la ceremonia de colocar la primera piedra, se celebró misa con solemnidad, asistiendo revestido de pontifical el Illmo. Sr. Obispo Dr. D. Juan Ruiz Colmenero, y de un modo oficial la Real Audiencia, los Cabildos eclesiásticos y seculares, y un extraordinario concurso de fervientes católicos, cuyo acto tuvo efecto el

1.º de Abril de 1661, á tiempo que se agenciaban los establecimientos de nuevos institutos monásticos. La obra emprendida no tardó—por la abundancia de recursos—de estar apta para el servicio divino; así es que fué tambien un donativo unido á la rica y preciosa herencia que legaria el primero al segundo centenario.

Señores: Escrito está en las páginas sagradas “que si Dios no fundaré y edificare la Casa, serán vanos los esfuerzos de los que intentaren edificar; y que si Dios con su proteccion no guardare la ciudad, serán inútiles los desvelos de los que quisieren proteger.” Por tanto, á Dios, benéfico y protector, es á quien se deben las gracias por la fundacion, por la conservacion y progresos, tanto en lo material, como en lo moral y espiritual que tuvo esta santa casa, domicilio de la virtud y ciudad santa del Señor. Mas el hacer honorífica mencion del piadoso fundador D. Herián Gomez de la Peña, como de otros insignes bienhechores—que cooperaron á su establecimiento y desarrollo—es tenerlos como ministros de la bondad y providencia divina, pero no es atribuir á ellos la gloria y el honor que á solo Dios pertenece como á único y supremo Benefactor. ¡Oh! El hacimiento de gracias es tan del agrado de Dios, dice San Bernardo, que nos hace dignos de mayores beneficios: que la prontitud en rendirlas y reconocer la mano dispensadora, es dar testimonio de la grandeza y liberalidad de nuestro Dios; y que si no podemos así corresponder, por lo menos podemos estimar; y que si no sabemos debidamente agradecer, por lo menos sabremos confesar y publicar que el Señor derrama sin cesar sobre nosotros sus gracias y bendiciones. Tal fué el espíritu que animó á los fieles para celebrar el primer centenario; escuchad ahora en breve los felices resultados:

Las sabias constituciones que expidió el Ilmo. Sr. Colmenero para el colegio de San Juan de la Penitencia, que así se llamó el anexo al Monasterio: las prudentísimas disposiciones que dictó para el mas perfecto régimen

monacal, por su conexion con el colegio: las circunstancias favorables de la época en que el cielo se declaraba pródigo dispensador de buenas dádivas, hicieron que se continuaran aprovechando óptimos y excelentes resultados en ambos establecimientos, y que el merecido prestigio de su docta enseñanza y práctica de virtudes por la exacta observancia de sus reglamentos, se conquistara con justicia la veneracion y estimacion social. Ambos eran como unos talleres en donde se formarán: en el Monasterio, esposas predilectas de Jesucristo correspondiendo á su divino llamamiento: en el colegio, heroínas de acertada vocacion á diferentes estados, segun su sexo y condicion. De este Monasterio salieron las ejemplares fundadoras del convento de Valladolid en el Estado de Michoacan, de donde más tarde procedieron las que fundaron el de Nuestra Señora de la Salud, en Pátzcuaro, del mismo Estado. De este ilustre convento de Santa Maria de Gracia, á los treinta y cuatro años despues del primer centenario, se trasladaron las seis virtuosas madres religiosas que fundaron el de Jesus Maria de esta ciudad, bajo las mismas condiciones de régimen; porque tambien tuvieron colegio anexo que dirigir y gobernar, y por lo que tanto merecieron de la sensata sociedad por su máxima beneficencia.—A la par: el monasterio de Santa Teresa que poco há se habia establecido, el nuevo de Jesus Maria, por cuya fundacion tanto trabajó el venerable sacerdote D. Feliciano Pimentel, fundador del de Santa Mónica, y el posteriormente establecido de Capuchinas, dieron mucho impulso á la ilustracion y á la piedad por su sólida y religiosa enseñanza y la práctica de buenas obras; y al mismo tiempo fueron incremento para Guadalupe, pues los conventos son, á no dudarlo, como núcleos del centro de poblacion.

Del colegio de San Juan de la Penitencia salieron, no solo coros de cándidas vírgenes, que desposándose con Jesucristo y ligándose con sagrados vinculos en la vida cenobítica que profesaron, ilustraran el claustro con el bri-

llo de sus eminentes virtudes, sino otras vírgenes de raras prerrogativas, destinadas para edificar la sociedad y servir de modelo por sus maneras y santa vida en su calidad de esposas y madres. Tal fué Doña Mariana de Parada, honra de San Juan de la Penitencia, porque como alumna se distinguió por su aprovechamiento en aquel colegio, y después legítima y santamente desposada, tuvo por hijos—entre otros que fueron honra y lustre del Estado—á los que brillaron en la Iglesia, como el Illmo. Dr. D. Juan Gomez de Parada, de gratísima memoria, y que دادó por el cielo Pastor de esta Arquidiócesis, la comenzó á gobernar con sabiduría y buen ejemplo en 1736.

Gracias no interrumpidas y raudales de bendiciones, fueron las copiosísimas lluvias que fecundaron este plantel de las escogidas del Señor. Por esto, en el aniversario del segundo centenario se manifestaron, por sus sentimientos religiosos, humildes y extraordinariamente reconocidos á Dios Nuestro Señor, único y sabio dispensador de todo bien. Y á mayor honra y gloria de Dios hicieron patente, que en el término de dos siglos transcurridos se registraban en el libro de matrículas, 650 áctas de espontáneas profesiones con votos solemnes monacales de rigurosa observancia. ¡Ah! Bendito sea Dios en cada momento: y ¿cómo nuestros labios no han de entonar las alabanzas del Señor? *Benedicam Dominum in omni tempore: semper laus eius in ore meo.*

Por más de doscientos cincuenta años este monasterio, venerable asilo de vírgenes consagradas á Dios, se mantuvo con una paz inalterable, sin que emergencias de ninguna clase turbaran su edificante concordia y armonía; y así sus domiciliadas pudieron experimentar, y bien se apercibieron, de lo que dice San Bernardo sobre las ventajas y excelencias de la vida monástica, que el religioso “vive con más pureza, cae más raras veces, se levanta más pronto, procede con más cautela, recibe más á menudo el rocío de la gracia, descansa con más seguridad, muere con más confianza, se purifica más pronto

y es recompensado más copiosamente.” Y aún en los grandes conflictos y dolorosas pruebas es patente la especial asistencia de Dios que lo preserva del mal y lo hace obrar con discernimiento, como el prudente marinero que en mar enfurecido por violento huracán que lo agita y en la forzosa alternativa de salvar algo ó perderlo todo, elije en aprieto tan obligado salvar lo más precioso y esencial. Esto no es una ilusión, señores, es manifiesta referencia á aquellas llamadas leyes de reforma, por cuyas disposiciones y á cuyo amparo las religiosas fueron arrojadas de su clausura, se les despojó de sus intereses y se nacionalizaron y adjudicaron sus conventos. Mas las víctimas de tan implacable persecucion, como formadas en la escuela de la virtud y en el regazo de la verdadera religion, no tuvieron ni tienen esos lamentables sucesos como provenientes del acaso ó de contraria fortuna, sino como permisiones de la adorable Providencia. El dedo de Dios está en todos: si en las desgracias más conmovedoras hace brillar su justicia, descubre á la vez á los ojos del observador cristiano, los tesoros infinitos de su misericordia. Los fuertes sacudimientos que agitan al mundo, y las persecuciones más protegidas que hacen gemir la virtud, son también anuncios misteriosos de castigo á unos, comenzando por degradarlos hasta la condicion de verdugos; y de mérito para otros, aceptándolos como predilectos. Los buenos hallan bálsamo de consuelo en los infortunios, considerando, que los espantosos cataclismos entran en las miras del Altísimo para bien de la humanidad, por expiacion ó escarmiento; y fieles en sus sentimientos católicos, creen y esperan; sufren con resignacion y bendicen la mano que los óprime, porque saben que esa mano justiciera, es también remuneradora, generosa de la paciencia y de los trabajos.

En esta parcialidad del cuerpo místico de Jesucristo, vemos caracterizada la verdadera Iglesia, según la prediccion del divino Salvador cuando dijo: “Seréis aborrecidos de todos por mi nombre,” como lo hace observar

un eminente apologista cristiano: "Buscad entre todas las sociedades religiosas la que es el blanco del rencor de las demás, del odio del mundo, y se hallará la verdadera Esposa del Hombre-Dios: se la reconoce por la corona de espinas que constantemente ciñe sus sienas. Esa corona no la ha llevado ninguna secta ni tampoco la ambiciona; es una diadema que solo adorna la frente de la Iglesia Romana." En testimonio de tan justas consideraciones, hay hechos que es preciso mencionar, pero que no los indicaré sino como motivo de excitarnos á mayor gratitud y reconocimiento hácia Dios Nuestro Señor.

Así como este Monasterio fué el primero en el goce del bien y próspero en la dicha y merecimientos por su beneficencia, así tambien fué el primero en los sufrimientos y acerbas pruebas que acrisolaron su virtud y felicidad. En 1846, ¡oh qué jornada tan lastimosa! En sitio estaba esta ciudad á consecuencia del pronunciamiento del general Yañez, verificado el 20 de Mayo; y en 22 de Junio del mismo año, un intrépido general de los sitiadores—Arévalo—haciendo ostentacion de sus fueros y pericia militar, quiso asaltar la plaza fortificada introduciéndose por el convento con la presuncion de feliz éxito; pero el recinto fortificado estaba defendido por jefes de valor probado, perspicaces y entusiastas; y cuando se apercibieron de las maniobras del enemigo, á las cuatro de la mañana escalaron las alturas del convento y se lanzaron hasta afrontar el peligro, y se trabó una lucha tan reñida y de evoluciones tan críticas que fué una verdadera batalla. La victoria se declaró por los sitiadores y entré las victimas estaba el general Arévalo. Pues bien, entre los claustros y entre las celdas que ocupaban las religiosas, tuvo lugar esta sangrienta refriega, y en ninguna de las monjas ni de las colegialas hubo que lamentar desgracia alguna, fuera del sufrimiento moral de un peligro tan inminente y extraordinario. Despues de algun tiempo se restableció la tranquilidad con la observancia de sus Estatutos: pero no fué más que tregua para

hacer más sensible su pérdida al parecer irreparable, por la destruccion y enajenacion de su convento, con la ruina más funesta que fué su exclaustacion en la década sexagésima—tristemente histórica—del presente siglo. Desde esta época, porque mayores pruebas tenian aún que sufrir las escogidas del Señor, tuvieron que experimentar el duro destierro de su casa, ya alojadas por varios periodos, ora en el Beaterio de San Francisco de Sales, ora con sus hermanas en el convento de Jesus Maria, ora en el antiguo Estanco, ora hospedadas con sus bienhechoras ó favorecidas por la caridad cristiana, segun designios providenciales á los cuales estaban resignadas, porque era la voluntad de Dios. ¡Cuánta verdad es, que no se echa al crisol sino el oro!

Al través de tan amargas penas el apostolado de religiosas que resta de aquella—en otro tiempo—numerosa comunidad, porque no se puede renovar teniendo clausurado el noviciado, tiene el consuelo de estar dedicado al cuidado de su iglesia, único tesoro que le ha quedado de su venerable monasterio. Y ¡qué! ¿será extinguida esta comunidad? Podrá ser que Dios así lo permita; pero la Santa Familia dominicana no desaparecerá de la Iglesia, porque aqui se han sacrificado algunos de sus miembros. ¿No es el mismo Señor Omnipotente el que puede permitir la extincion, que el que puede obrar la regeneracion? ¿No fué el mismo Dios quien dió á Job más copiosos y excelentes bienes, que los que permitió perdiera en prueba de su virtud y fidelidad? Y ¿quién, sino El que todo lo puede, clausuró los cielos y los abrió para fertilizar la árida tierra de Gelbuet? ¿Sabemos, por ventura, que lo pasado no sea el medio adecuado de que Dios quiso valerse para dar á conocer á la sociedad la excelencia de las virtudes monásticas, la tranquilidad de la vida religiosa y los encantos de la virtud solitaria y contemplativa, extendiendo por medio de sus esposas el buen olor de la cenobítica santidad? ¿No creéis que estós elementos depositados en el seno de la sociedad germina-

rán maravillosamente con el riego de la gracia de Dios, que es el incremento que á todo dá vida y fecundidad? ¿No recordais que el destierro de los discípulos de Jesucristo expulsados de Jerusalem, se verificó para dar luego á los idólatras el conocimiento del verdadero Dios y de sus divinos mandamientos, que hacen bienaventurados á los que los observan y cumplen de buena voluntad? ¿Faltará á Dios un Balaán á quien inspire, bendiga á su porción predilecta, aun cuando algún Balac quiera que la maldiga? Mejor es, señores, que nuestra alma abunde en sentimientos de adoracion y de alabanza, porque son inescrutables los designios de Dios. Y en cuanto á vosotros, V. Religiosas, una cosa provechosa me ocurre deciros para concluir, y es: que despues que deis gracias por los beneficios recibidos, las deis tambien por los que os prepara y reserva la inescrutable Providencia para el centenario que comenzais. Considerad que en vosotras va á tener solucion este designio del Altísimo:— O entregais vivas y ardientes las lámparas de la observancia de vuestra regla y constituciones á vuestras sucesoras, como las recibisteis de vuestras antepasadas; ó preparadas y encendidas vuestras antorchas celebrais las bodas eternas con vuestro divino Esposo. Si lo primero, dad gracias á Dios porque ha continuado prodigando sus munificas larguezas: si lo segundo, celebrad gustosas vuestras eternas bodas, porque el Señor os halló dignas de holocausto, sacrificadas por su amor y en su servicio, y consumidas en su divino acatamiento, como bálsamo precioso, y más puras que la cera y el aceite que mantiene el fuego perpétuo ante la presencia de Jesus Sacramentado. Bendicid al Señor en uno y otro extremo, y vuestra—por misericordia de Dios—será la eterna bienaventuranza que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—AMEN.

SERMON

PARA EL

DOMINGO DE PALMAS

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE PUEBLA

POR EL

PRESBITERO BARTOLOME ROJAS

CURA DEL SAGRARIO.

Acceperunt ramos palmarum, et processerunt oviam ei et clamabant: Hosanna benedictus qui venit in nomine Domini, Rex Israel.

S. Juan, cap. XII, v. 13.

ILLMO. SEÑOR:

¿Qué significan esos trasportes de alegría, esos signos de alabanza, esas coronas de oliva, esos ramos de palma, esas flores olorosas esparcidas por el suelo, sino las victorias de la Iglesia representadas en la entrada triunfante de Jesus en Jerusalem, fortalecida ésta con los auxilios de su celestial esposo, coronada de laurel inmortal? ¡Con la Palma del triunfo en las manos marcha como siempre invencible hollando con sus plantas la cerviz altanera de

sus adversarios! Con razon hoy el corazon cristiano, con entusiasmo eléctrico, late de santo placer al eco de las dulces canciones de Sion, con que los sacerdotes, las turbas y los niños hebreos, en dulces efusiones de alegría, destilando sus lábios el panal y la miel, solemnizan la entrada triunfal del Soberano inmortal de los siglos, en la ciudad de David! Con razon la Iglesia, mezclando sus cánticos con las aclamaciones y obsequios que se tributaron á Jesus Nazareno en Jerusalem para fortalecer á sus hijos predilectos, celebra el mas glorioso triunfo que vieran las naciones del orbe, puesto que ninguno de sus conquistadores, con todo el aparato militar de sus armas, ha podido obtenerlo de los pueblos de su dominacion. No son los arcos triunfales ni los carros magníficos tirados por los prisioneros de guerra, los trofeos de esta victoria; son, si, la humildad y mansedumbre de un Rey divino que, si bien el mundo desconoce virtudes tan sublimes, admira con noble entusiasmo como fundamento de toda grandeza, tronos, potestades y dominaciones del cielo. ¡Loor y bendiciones á Jesus lleno de gloria y de poder! ¡Hosanna al Hijo de David que en dia tan plausible su misericordia nos traza el camino del cielo!

¡Qué feliz fuera, señores, si en este dia consagrado á las glorias del Rey pacífico, pudiera decirnos alguna cosa para vuestra edificacion acerca de los triunfos de la Iglesia santa! A esto me convida la solemnidad presente, este es mi asunto; para tratarlo dignamente, pidamos la asistencia al cielo por la intercesion de Maria, saludándola llena de gracia. AVE MARIA.

Entre todos los nombres que alternativamente van á caer en la noche de lo pasado, hay uno que se eleva y domina á los demás: uno que recuerda las mas heróicas

acciones, lo más selecto de la Historia Sagrada, y éste es el nombre adorable de Jesus. Rey, señores, de eterno origen, consagrado en el seno de su Padre por la union de la misma Divinidad, soberano del mundo, contemporáneo de todas las generaciones, vive con todas y á todas las sobrevive, ya retire dentro de sí mismo su propia vida, ya la manifieste por una accion brillante. Verásele siempre atrayendo á sí todos los hechos de la vida humana, de modo que todas las historias de diversas sociedades no son mas que episodios de la grande historia del catolicismo. Ahora bien; de cualquier modo que consideremos la accion del catolicismo, en el seno de la sociedad, miráremos con asombro los triunfos de la Iglesia santa, á quien para ensalzarla su augusto fundador, le ha comunicado un poder que destruye y un poder que conserva; diez y ocho siglos há que la encarnizada lucha sostenida con sus principales adversarios ha demostrado esta verdad. Veámoslo:

El primer adversario que se atrevió á levantarse contra el Hijo de Dios, fué ¡quién lo creyera! ese pueblo en medio del cual se dignó elegir su cuna; ese pueblo que en los alegres vivas le cantó el domingo el hosanna para gritarle despues el viernes próximo un melancólico *crucifixe*; que primero le rindió los primeros honores del trono y despues le insultó con ignominia en vergonzoso patíbulo. El crimen de ese pueblo fué haber reconocido y renegado al que solo por él existe. Su crimen es el mayor que pueda cometerse debajo del sol y por mano del hombre, porque es un deicidio. Tal es el crimen; hé aquí la venganza.

Dejad trascurrir algunos años; ved que el templo mismo va á profetizar su ruina. Por admirables prodigios, aparecen nuevos profetas de justicia que reemplazan á los antiguos profetas de misericordia. Y ¿quién es ese César que viene de Oriente y Occidente y que quiere con sus legiones y sus águilas castigar la infidelidad? Viene á pedir cuenta á ese pueblo de un voto impío; viene á ven-

gar una sangre inocente derramada en las afrentas de un cadáls; viene á reclamar por el suplicio de un Dios el suplicio de un pueblo. No queremos que reiné sobre nosotros, se había dicho; caiga su sangre sobre nuestras cabezas y sobre las cabezas de los hijos de nuestros hijos; y el voto impío se cumplió y el castigo se halla en el mismo cumplimiento. Cayó esa sangre sobre sus cabezas; cayó sobre su ciudad y hé aquí por qué el hambre, la guerra y el incendio, despues de haber inmolado un millon y cien mil víctimas, no dejan de Jerusalem más que escombros repugnantes por la sangre y por la muerte de sus habitantes.

La sangre cayó sobre el templo y por eso ni los vencidos ni los vencedores pueden contener las voraces llamas que parecen haber recibido la mision de destruir hasta los últimos vestigios del monumento de la antigua alianza. La sangre cayó sobre el pueblo y por eso el vencedor, despues de haber hecho arar y sembrar de sal aquella tierra donde la misericordia no existia ya, envia á sus habitantes á los cuatro reinos del imperio para recojer el desprecio y el odio de las naciones. La sangre pesa sobre la última generacion de tan ingrato pueblo. Las generaciones pasan, ese pueblo dura, los imperios se hienden y ese pueblo queda en pié. El flujo de los acontecimientos barre las naciones y ese pueblo existe siempre y en todas partes con la doble herencia de sus remordimientos y de su suplicio; pero éste no es más que el castigo temporal; el espiritual es más terrible todavia.

Densas tinieblas cubren sus ojos; un sello fatal pesa sobre su corazon. Segun las Santas Escrituras, él es quien lleva la antorcha que ilumina las inteligencias y se queda á oscuras; él es quien para nosotros ha sido profeta de salvacion, y no comprende sus propios oráculos; predica en todas partes la verdad, ¡cosa estraña! es el apóstol de ella y no puede ser su discípulo; él la proclama y no la cree; él nos ha dado la misericordia y la esperanza, y para sí no tiene misericordia ni esparanza hace diez y ocho siglos.

El segundo adversario que se atrevió á luchar contra Cristo y su Iglesia, fué el mundo pagano reunido bajo el dominio de Roma. Recordaré que durante tres siglos sus edictos cubrieron sus provincias de hogueras y cadálsos que hicieron correr en aquel período mas sangre cristiana que la extranjera ha derramado para la conquista del mundo; recordaré que durante tres siglos la Iglesia católica, rechazada violentamente de la sociedad, se vió obligada á buscar en vano un rincon en el mundo donde orar y pedir por sus verdugos, no teniendo mas culto que el que celebraba en los anfiteatros, no conociendo más solemnidades que aquellas en que sus mártires daban el espectáculo y el ejemplo bajo la afilada cuchilla de los verdugos ó entre las garras de las fieras, no ofreciendo sobre sus altares ningun sacrificio en que con su Dios no presentase al cielo con dolor y lágrimas inmoladas por la gloria de su santo nombre, no conservando un resto de su vida agotada en aquella tierra sino para encontrar en ella destierros, oprobios, ignominia y trabajos. Hé aquí el crimen de Roma pagana; ved ahora su castigo.

El pueblo, dice San Agustin, cuyas virtudes morales habia recompensado la Providencia con el imperio del mundo, es castigado de sus atentados contra Jesucristo y su Iglesia; ese pueblo se habia alabado de acabar con el Cristo como concluyó con las naciones extranjeras; por esto en cada una de sus victorias escribia con sacrilega audacia en sus arcos de triunfo alabanzas en honor de la superstición y proclamaba destruir el cristianismo.

Mas apenas habian trascurrido cinco siglos y esa Iglesia, tan débil, tan agotada de sangre y de vida, con el pié sobre la cabeza de sus perseguidores y en medio de las ruinas de su imperio, borra las inscripciones insolentes, y graba en su lugar con letras indelebles el eterno anatema de sus perseguidores. El soplo de la cólera de Dios pasaba entonces por aquella tierra maldita; todo cuanto osaba levantarse contra el Cristo habia caído bajo los gol-

pes de la venganza inexorable: ¿qué espectáculo ofrece más tarde aquella ciudad romana cuando cae á los golpes de los bárbaros? ¿Qué se han hecho los ídolos á cuyos piés se ha derramado tanta sangre cristiana, y esos templos de Priapo y de Cibeles, de Juno y de Adonis, de la Fortuna y de Vénus: ¿qué suerte le ha tocado al panteon de Agripa? No vereis mas que ruinas y polvo, y á una nueva sociedad que recoge las piedras dispersas para elevar con sus restos santuarios donde la virginidad y la virtud con la palma de triunfo en las manos entonan el celestial hosanna al Cristo victorioso.

¿Qué se hicieron aquellos césares que, ébrios de orgullo, decretaron tantas persecuciones contra el cristianismo? La historia dice que pasaron por un trágico fin, dejando tras sí una memoria cargada de la execración de los siglos todos, yendo á la tumba sin haber podido legar á su posteridad el cetro del mundo con la herencia paterna.

¿Dónde están aquellos sofistas ridículos que perseguían la fe por medio del epigrama y de la calumnia? Todas sus escuelas cayeron ante el desprecio y la risa universal.

Y ese pueblo que no podia saciarse de sangre cristiana, ese pueblo á quien era menester todos los dias alguna novedad de tormentos y suplicios para divertir la feroz monotonía de sus ocios, ¿dónde está? Yo veo que en cambio de los hierros que dió á la Iglesia y de la sangre que derramó á torrentes en sus anfiteatros, arrastró las cadenas vergonzosas de sus vencedores y vierte la suya por todas sus venas en sus provincias, ciudades y fronteras.

Y ¿qué es de aquella Roma silenciosa que se decia la ciudad eterna? Vedla pasar á manos de los pueblos bárbaros que le dan un golpe mortal; vedla hollada por la planta de dos conquistadores, quienes, creyéndose impulsados por una mision divina, se empeñan en querer borrar hasta el nombre romano de la tierra; y si despues de tantos desastres queda alguna cosa de la ciudad eterna, se viene á parar en que Roma lo debe todo á esa mis-

ma Iglesia, á la que solo daba lóbregas catacumbas para esconderse, ó cadalsos afrentosos para morir. Todo en ella hubiera perecido, hasta el nombre y los recuerdos, si la religion no se hubiera dignado tomarla para colocar allí la cátedra de San Pedro; y si no hubiese tomado sus monumentos bajo la proteccion de un pescador y la salvaguardia de una cruz.

Y esos jefes de la incredulidad, Arrio y Nestorio, Lutero y Calvino, tristemente famosos por las desgracias del cristianismo, donde estais, ¡oh vosotros! dice la Iglesia, que como el cedro levantábais la frente hasta las nubes? He vuelto la cabeza, os busco y ya no os hallo; y sin embargo, pretendiais immortalizaros con la ruina de la religion. Serán satisfechos vuestros votos, porque la immortalidad os colocará siempre entre los perjuros de la razon y los corruptores de la virtud, cumpliéndose aquella sentencia del Espíritu Santo que nos dice que el triunfo de los impíos es como la tempestad que brama algunos momentos; pasa y nada mas.

Y los discípulos de éstos ¿qué suerte han corrido? Avergonzados del delirio de sus maestros, protestan á su vez contra ellos, pidiéndoles la fe y la verdad de sus antepasados, como aquel Emperador que en el silencio de las noches reclamaba á un general desgraciado, sus legiones destruidas en los campos de la Germania. ¿Qué habeis hecho de nuestras creencias? les dicen; devolvednos la verdad que nos legaron nuestros padres; la verdad que es nuestra vida; de otro modo reportaréis una sentencia de anatema que confirmará la justicia y la razon de todos los siglos.

Así es, señores, como Jesucristo, triunfante, siempre vivo, ensalza á su Iglesia ejerciendo su poder en el mundo; poder siempre fatal para cualquiera que pretenda luchar con él.

Hay en la Iglesia de Dios un poder que conserva y éste lo ha depositado en su Evangelio. Y ¿cuál es este Evangelio que los apóstoles con tan admirables frutos co-

menzaron á predicar en el mundo hace diez y ocho siglos? Es un conjunto de máximas tan puras, de dogmas tan sublimes, que parecen más bien hechos para la santidad del ángel que para la corrupción del hombre; fué hecho para todos los tiempos, para todas las circunstancias y para todos los gobiernos: consagra leyes que sirven de fundamento á todas las sociedades humanas, manda ser modesto hasta la humildad, caritativo hasta amar á los enemigos; manso hasta perdonar las injurias, paciente hasta evitar la detraccion, casto hasta condenar el pensamiento voluntario, fiel á la ley hasta morir por ella. Hé aquí el Evangelio que el Rey pacífico promulga en las calles públicas de Jerusalem, en medio de los aplausos de las turbas, sin más кафедра que la humildad, pero que en elogio de su autor merece justos encomios con estas elocuentes voces: *Si los hombres callaran lo aclamarían las piedras.* Suponed, señores, que en estos momentos de entusiasmo para el pueblo, que saltando de gozo vitoreaba á Jesus, el Espíritu Santo hubiese conducido á su derredor á los grandes y potestades del mundo, para que oyendo sus palabras profetizasen acerca del porvenir del Evangelio. Los sabios habrían dicho: "Ese Evangelio humilla la razon, no vivirá, lo combatiremos con todo el poder del talento y de la ciencia." Los políticos: "Ese Evangelio es contrario á todas las leyes y pretende usurpar nuestro poder; no vivirá, lo combatiremos por la fuerza, lo perseguiremos con las armas, y si menester fuere, lo ahogaremos en sangre." Los hombres de placeres dirían: "Ese Evangelio quiere desterrar la alegría y las fiestas del mundo; no vivirá, sublevaremos contra él pasiones innobles y todas las inclinaciones del hombre corrompido." Los indiferentes: "Ese Evangelio viene á turbar la paz de la conciencia pública; declaremosle guerra á muerte con todo el poder de la opinion." Esto habian dicho, dije mal, esto ha dicho nuestro siglo tambien; ahora pregunto: ¿estos pronósticos se han cumplido? ¿se han frustrado las conquistas del Evangelio?

¿qué han sido para él las persecuciones sino lo que la tempestad para los corpulentos árboles de la montaña? No han hecho otra cosa más que contribuir á que profundicen más sus raíces en el seno del corazon intrépido. El Evangelio, al atravesar las edades y los siglos sin tener que mendigar para su expansion á las puertas de los palacios los mezquinos resortes de una política tenebrosa, ha vistose libre de las enfermedades inherentes á todas las religiones puramente humanas, sin sufrir trasformaciones; no tiene que lamentar como aquellas cambios pasajeros porque su autor, siempre vivo en el mundo, mantiene inalterable la integridad de su doctrina. Muéstrenos los hombres del progreso de diversas sectas un solo precepto, un solo dogma, condenado por la razon, que ellos hayan conseguido suprimir del Evangelio. Dicen los novadores contemporáneos que el Evangelio ha caído en desprestigio, que su época ha finado, que si la generacion anterior ha podido colocarle en un trono, el porvenir no puede reservarle más que una honda sepultura. Si, pues, el Evangelio ha caído en desprestigio ¿por qué se le combate? ¿Qué valor hay en sacar la espada contra quien está caído y en luchar con el que ya no existe? ¡Ha pasado el tiempo del Evangelio! Catorce siglos há que los principales sectarios de la Africa tenían este mismo lenguaje prediciendo á él y á la Iglesia su ruina, y catorce siglos há tambien que el dignísimo Obispo de Hipona, con la doble autoridad del Episcopado y del talento, respondió á sus escritos imprudentes y ostigosos, diciendo: ¡Qué! ¿Se acabó la Iglesia porque vosotros habeis aparecido? Temed la caída del firmamento, pero la de la Iglesia católica jamás; léjos de esto, esa Iglesia, á quien diversos sectarios y en distintas épocas han preparado su epitafio, ha probado que ha vivido, vive, y vivirá sin dejar de producir generaciones de mártires y virgenes, de apóstoles y doctores, porque está asegurado por un Dios infalible que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: *Et porta inferi, non prevalebunt ad-*

versus eam. Dice, en fin, la incredulidad moderna, que ha pasado el tiempo del Evangelio, que no responde ya á las exigencias del siglo. ¿Cuáles son, preguntamos, las necesidades del siglo, y cuáles los preceptos y dogmas del Evangelio? ¿Para qué siglo se necesitará más el Evangelio de la humildad que para el siglo del orgullo? ¿para qué siglo será mejor el Evangelio de la caridad que para el siglo del indiferentismo y del egoísmo? ¿para qué siglo será mejor el Evangelio del desprendimiento que para el siglo de la cupidéz? ¿Para qué podrá ser más necesario el Evangelio de la mortificación y penitencia que para el siglo en que reina la crápula y la sensualidad? Por último, ¿para qué siglo será mejor el Evangelio de todas las verdades, de todas las virtudes, que para el siglo emponzoñado con todos los errores y todas las corrupciones? ¡Oh Dios santo! Cuando en lo que alcanza mi fe considero á vuestra Iglesia llenando como Vos con su inmensidad los pueblos y los siglos, y veo á la incredulidad ocupar un punto inapercibido del espacio y de la duración, no puedo menos que decir á los que profetizan su ruina: Sabed que la Iglesia es tan poderosa, que en el día en que se ordenen vuestros funerales tendrá todavía altares, sacerdotes y víctima: que cuando de siglo en siglo, los últimos cristianos conduzcan á la tumba al último de los incrédulos, habrá una Iglesia sobre un trono y el género humano á sus piés; porque Jesús, su divino Esposo, avanzando triunfante la gran vía de los siglos para ensalzarla, ha depositado en ella un poder que destruye, un poder que conserva; inmortal hosanna al Hijo de David. ¡Bendito el gran Rey que nos vino en nombre del Señor! ¡Cuánto más había que decir! pero terminemos en consideración á la langura de los oficios de este día.

En tanto, vosotros, fieles herederos de diez y ocho siglos, que con espíritu religioso venís á celebrar con ternura el aniversario de la entrada en Jerusalem de nuestro Divino Salvador, tomad en vuestras manos las pal-

mas y la oliva, símbolos del triunfo y de la apreciable paz, hijas felices de Sion; dispone vuestros corazones con la práctica de las virtudes, para recibir dignamente al Rey manso y humilde que viene á visitarnos; y todos, católicos, en emociones de santa alegría, felicitemos á Jesucristo soberano del mundo, de los ángeles y de los hombres, repitiendo con los sacerdotes, las turbas y los niños hebreos: *Hosanna, benedictus qui venit in nomine Domini, gloria in excelsis.*—Así SEA.